

ASTILLAS DE HUESO

GABRIELA AGUILERA VALDIVIA

Este es un libro conmemorativo, que fue publicado en una edición limitada, a 40 años del Golpe Civil-Militar en Chile. Hoy, a 50 años de ese quiebre institucional, queda liberado por la autora para descarga gratuita.

(1973- 2023)

ASTILLAS DE HUESO

GABRIELA AGUILERA VALDIVIA

Los derechos de autor están protegidos por la Inscripción N° 236.544 realizada en el Servicio Nacional del Patrimonio Cultural Departamento de Derechos Intelectuales

*A ti,
porque también te duele esta memoria*

Lena

A Lilian Elphick

Me acusan de conspirar contra el tirano. Me llaman subversiva, terrorista. He caminado las calles de mi ciudad para llegar a los puntos convenidos. Aún obedeciendo la instrucción, caí en una traidora maniobra de cazabobos. Todo es oscuridad en mis ojos abiertos. Una mano suave acaricia mi frente y una voz murmura: «Entrega los nombres». Empuñada, otra mano me golpea. La noche es mis dedos quebrados, mi carne en llagas. Es frío y desnudez. Es después un silencio que me invade. La noche es estar amarrada, patiabierta. Es el temor a la voz y la mano suave, porque será imposible resistir el murmullo en el que recuerdo hogar, té con leche y la levedad de un beso. Vendrá nuevamente el fuego del suplicio y tras él la voz. «Entrégalos». Entonces pongo la lengua entre mis dientes delanteros. Cuando la descarga me atraviesa, muerdo con fuerza, hasta abajo, hasta arriba. El dolor me corroe. La lengua resbala enrojecida sobre mi pecho. La sangre me ahoga. Ningún nombre saldrá de mi boca. Nunca sabrán quiénes son los que son.

Llevar la cuenta

1, 2, 3.

Empieza el castigo impuesto al prisionero por las sagradas leyes del Gran Zar, padre de todas las Rusias. Entre cada número cantado en alta voz, el grito desgarrá el vacío sideral del calabozo.

15, 20, 29.

El knut azota la espalda del prisionero con los movimientos acompasados de la mano del verdugo. El hombre es un virtuoso del látigo, sus golpes jamás dan en el mismo lugar.

31, 40, 48.

La sangre corre por la cara del verdugo junto a su propio sudor. Tiene el brazo acalambrado pero no deja de flagelar al prisionero.

53, 66, 70.

La espalda es un amasijo de carne molida y la sangre se ha coagulado a los pies del preso y del verdugo.

80, 95, 111.

En un espasmo, el último aliento es expelido tenuemente entre los dientes quebrados del prisionero. El verdugo, acezante, descansa apoyándose en el muro de la mazmorra donde se pegotean pedacitos de carne ensangrentada. Dos esbirros arrastran el cuerpo del prisionero para echárselo a los perros. El verdugo recoge un trozo de carbón y hace una marca en el muro, al final de una seguidilla de rayas.

Los jinetes negros de Iván

Galopan, corren, tragan distancias los jinetes negros. Son hombres entrenados en la cabalgata, en el salto de obstáculos, diestros en la faena de trozar al enemigo con sus sables mientras sujetan las bridas con la mano libre. No conocen el miedo y dicen que tampoco el dolor, porque su piel es más gruesa que la de un hombre común. Son enormes sombras pesadas recortándose en la noche. Traen consigo a la Muerte, pasajera montada en pelo.

Los jinetes de Iván, gran Zar de todas las Rusias, recorren el país sobre sus corceles pura sangre. La gente sabe que vienen, antes de que entren a un poblado. Lo saben porque los cascos de sus caballos resuenan a un tiempo y el eco retumba en las montañas. Entonces cuentan con pocos minutos para huir; porque los jinetes negros, embozados y dejando ver sólo el tizón de sus pupilas, son la mano del gobernante que llega a todas partes, impidiendo así que se mueva una sola hoja sin que él lo sepa.

Los negros jinetes de Iván aún montan la noche de la estepa y la tundra. La nieve cae en plumas sobre sus cabezas. Y sin embargo, nadie ha visto el vaho de su respiración.

Trayectoria

No hay desgarró en la piel. Es una piel entera, sin perforaciones, sin espacios negros ni escarapelas. Es que la bala penetró por la boca, recorrió la ruta entre paladar y calota, se abrió paso por masa encefálica y membranas. Allí se encontró con la maraña de los pensamientos del ajusticiado, su historia de revolucionario, el grafiti colgando de un muro en el centro de Santiago, la última visión de un arma que lo apuntaba, el sueño de ser feliz. La bala buscó entonces un camino para huir de esa pesadilla y salió limpiamente por la oreja, llevándose consigo el grito que sólo oyó el asesino.

Ley de amarre

No me venga con mieditos maricones, Teniente. Nosotros tenemos nuestra propia justicia. Que ese juez de mierda se meta sus putas leyes donde mejor le quepan. A nuestros archivos no entra ni con vaselina. Los 119 de ese listado eran terroristas, andaban armados y murieron en enfrentamientos con las fuerzas del orden. Se hizo el informe de cada caso. No existen víctimas ni ajusticiamientos. Ni un solo documento sale de estas oficinas, ¿me entendió? No arriesgaremos a la institución por los caprichitos de un juez huevón. Para eso hicimos el artículo 436. Si no entiende por las buenas, entonces será por las malas. Busque su expediente, veamos cuántas cositas le sabemos. Después, mande a alguno que lo apriete para que no le queden ganas de seguir jodiendo.

Y, Teniente... antes de que se vaya:

Aunque haya vuelto la democracia, nosotros no tenemos por qué darle cuentas a nadie; sólo a mi General, que es el Comandante en Jefe hasta cuando él quiera, no lo olvide.

Xipe Totec, el desollado

La noche se clavó en la ciudad, ya en silencio. La recorrió una brisa helada, que siguió la senda trazada por sus calles. A lo lejos se escuchó el ladrido de los perros y el ulular de una sirena. Sólo algunos podían circular a esa hora. En la queda, la policía se adueñaba de cada esquina.

El hombre caminó hasta su casa, cargando con el peso de otras pieles. También cargaba con otras historias y otras vidas. No quería hacerlo pero ya no era posible retroceder. El vaho nauseabundo de la muerte lo perseguía hasta en sueños. Todo él olía a muerte. Pensaba que las cosas cambiarían, que llegaría el tiempo bueno. Entonces podría desprenderse de las otras pieles y las otras historias y las otras vidas para andar liviano, sólo con las que le pertenecían. Esa esperanza era la que le permitía sostenerse incólume en la casa de tortura.

Lo que él supo años después, esperando el dictamen del juez, es que los que han usado las pieles de otros hombres para cubrir y proteger la propia, jamás podrán desprenderse de ellas. Ni de esas historias, ni de esas muertes.

Brigada Azul

En memoria de Paulina Aguirre Tobar

Un mes siguiendo la pista de la pájara. Era hora de atraparla. Cada operativo era una prueba y la Brigada Azul no cometía errores. «Por eso los carajos de las otras unidades les tienen sangre en el ojo», rió el General Director y el Mayor asintió. «Pura envidia», dijo.

Cuando los agentes allanaron la casa, la pájara no estaba. Apareció pasadas las once. Abrió la reja y se quedó quieta apretando uno de los barrotes, iluminada por el farol de la calle. Como si presintiera, pensó el Mayor, entrecerrando los ojos en la penumbra de los retamos.

Ella enfrentó la oscuridad del jardín, abarcando el espacio que tenía ante sí. Cayó con un gemido cuando los fogonazos destellaron en la noche.

El Mayor miró sus ojos de niña, tan abiertos. Jadeaba, asustada. «Pajarita», pensó. Recordó lo dicho por el General Director: «No quiero más detenidos». Entonces apuntó el cañón de su pistola a la cabeza de la muchacha y disparó dos veces. Luego puso un arma en su mano izquierda, lánguida sobre el piso de cemento.

Respiró tranquilo. No había detenidos. La Brigada Azul cumplía las órdenes sin cometer errores.

Una grieta en el muro

El muro se abre en aquella esquina. Una trizadura, secuela del último terremoto, lo cruza de arriba abajo. Pese a ello, ha permanecido en pie, amarrado por las cadenas superiores a los otros tres muros que componen la habitación. Por la grieta cabe una mano y el espacio hueco es relleno con las armas y las cajas de municiones. Un ropero, con un arrastrar de patas de madera, cubre todo rastro. Allí permanecerán las armas y las balas, esperando ser rescatadas para viajar y llegar a las manos indicadas que, siguiendo un plan secreto, las percutarán en medio de la noche. Pero estas armas esperarán demasiados años y nadie vendrá a buscarlas. Aquellos que saben de la grieta caerán en medio de un mentiroso fuego cruzado. Las armas, ignoradas, abandonadas, permanecerán en la casa hasta el próximo terremoto que, implacable, no perdonará al muro. Lo atacará desde los cimientos, derrumbándolo en un estruendo de polvo de adobe. Las armas verán por fin la luz y en medio del estrépito, caerán ante los ojos del niño que no entenderá por qué brotan armas del muro que lo protegía del viento sur.

A cada quien lo que corresponde

De eso estaban convencidos los torturadores y asesinos a sueldo de la dictadura. Cazaban a los subversivos, les daban duro en las cárceles secretas y, según la gravedad de sus faltas o su grado de peligrosidad, los mataban o los soltaban. Algunos prisioneros de la oligarquía tenían derecho a juicio o eran liberados con una paliza por estúpidos al dejarse pescar. También estaban convencidos los esbirros de la dictadura. Mientras protegieran a los culpables, lograran cerrar casos y extraviaran expedientes, mayores eran sus posibilidades de asegurar el futuro con buenos sueldos y jugosas pensiones de retiro.

El problema fue la llegada de la democracia que trae las peticiones de justicia de los resentidos de siempre. Los políticos están obligados a contentar a todos para mantenerse en sus puestos.

Cuando se aprobó la ley, algunos torturadores y asesinos, uniformados o civiles, desfilaron ante los tribunales. Los que no pasaron por allí porque no había pruebas o porque se agarraban con uñas y dientes al recurso de obediencia debida, jamás podían dormir tranquilos, esperando el disparo justiciero de alguien que pensaba que no les había tocado lo que correspondía.

Los ensacados

Con Pisagua, dolorosamente en la memoria

Así los encontraron, diecisiete años después, en un pueblo costero del norte. Los habían metido en sacos, luego de vendarles los ojos y dispararles de frente y de espaldas. Los ejecutores ni siquiera les dieron la oportunidad de quedar mirando el mar y los arrojaron en la fosa de dos metros de profundidad. Permanecieron sumergidos en la oscuridad y la sal. Pero los muertos que no son olvidados insisten en aparecer. Cuando salieron a la luz, el grito que permaneciera coagulado en sus bocas después de la última ráfaga, se escuchó en todo el país acribillado.

Código de silencio

«Estamos metidos hasta el cogote. Si cae uno, caemos todos», dijo el General, «así que... a cerrar el pico, ¿entendido?». Los otros asintieron. «Olvídense de esto. Nunca pasó», terminó el General.

No volvieron a encontrarse hasta que los huesos aparecieron en la cuesta. El General, envejecido y enfermo, vestía ahora un traje azul y gafas oscuras. A los otros, el miedo les había tajeado la cara. Sólo faltaba el muerto. «No quiso irse cargando el secreto», dijo uno, disculpándolo.

«Ni un solo día voy a estar en la cárcel», aseguró el General con voz cascada, “no pueden tocarme”. «¿Y qué va a pasar con nosotros?», preguntaron los demás. Él los miró, burlón, antes de que lo ahogara un acceso de tos. «Cierren el pico. Si yo caigo, ustedes caen conmigo», expresó con el mismo tono oscuro que sus hombres le recordaban.

Patio 29

A Pedro Blanco, por la anécdota

La losa cedió a la fuerza del diablito. El ministro en visita se asomó para constatar. Jiménez y yo vimos el zapato altiro.

Ninguno había podido olvidar esa noche, cuando lanzamos los cuerpos a la fosa.

«¿Entre los dos nomás, mi Teniente?», pregunté. «Mientras menos gente sepa, mejor», respondió él. «¿Y los tiramos a todos juntos?», volví a preguntar. «Hay que economizar espacio», murmuró mi Teniente, y se fue.

El zapato cayó del pie del último muerto que arrojamos. Lo recogí y lo tiré a la fosa, junto con su dueño. Qué más podía hacer con ese zapato huacho...

Era el mismo que ahora estaba ahí, acusador, veinte años después. Desde la profundidad de la fosa parecía mirarnos a Jiménez y a mí. Y también a mi Teniente, esposado detrás del ministro en visita.

El Príncipe

Tenía garbo y prestancia, además de una estirpe con nombres heráldicos que cualquiera podía comprobar. Había heredado el aplomo y la galanura de los descendientes del Volga y los gustos exquisitos del Gran Imperio.

El cielo enrojeció. Se hizo sangre en medio de brisas primaverales que movilizaban los nimbus. Abajo, el Príncipe, en la penumbra pesada de los sótanos del estadio, contuvo la respiración. Sus ojos, lagos azules de aguas calmas, parecieron tragarse al detenido y sus labios se curvaron en una leve sonrisa. Levantó la mano enguantada que empuñaba el corvo y lo clavó infalible en la garganta del prisionero. Siempre sonriendo, lo sacó con un rápido ademán y lo limpió en la camisa del hombre que, a sus pies, se iba en la sangre oscura que manchaba el suelo de cemento. Es que este príncipe también era legatario de la ferocidad de los cosacos. Pero eso nadie lo sabía. Tampoco él.

Tlaquimilolli I

Ataban las manos del muerto en torno a sus piernas flectadas y lo envolvían en petate, amarrando cada capa. Luego lo obligaban a permanecer con ellos por cuarenta días y sus noches. Terminado el ciclo, le prendían fuego. Cuando las llamas se apagaban, la familia recorría las cenizas con el rastrillo de sus dedos. Recogían las astillas, los dientes, los pequeños pedazos salvados de la cremación y los guardaban en un hatillo hecho con un trozo de manta liado con mecate. Después, los enterraban bajo la cama principal de la casa que había habitado el difunto. Así, el que partía seguía siempre cerca de los suyos y ellos podían sentir el hálito del viajero en su peregrinar hacia el reino de los dioses. Esto ocurría cuando el mundo todavía no había dado la primera vuelta y las noches duraban una eternidad.

Tlaquimilolli II

Emigraron del lugar de las garzas. Los dioses ordenaron que caminaran sin detenerse más que para dormir y apersearse de alimentos y agua. Algunos perdían la esperanza y abrían los oídos a los rumores del mal, que les trepanaba el alma y los llevaba a levantarse en rebelión. Morían ahogados en su sangre con el pecho abierto por el cuchillo de pedernal. Su corazón era ofrecido a los dioses para aplacar su furia. Así le habló la abuela antes de morir y entregarle el hato familiar. Ahora le correspondía a ella cargar con el peso de sus antepasados. Eso sería hasta que llegaran donde estuviera la señal sagrada y la mano del sacerdote se levantara siguiendo la dirección del rayo.

Acaricia los huesos blanqueados de la abuela y abre el hato para juntarlos con los de su padre y su abuelo. Siente que el corazón se le hace agua. Cuando el sol aparezca en lo alto del volcán, continuará la implacable caminata de su pueblo sobre una tierra sin caminos, tras la quimera de un recorrido trazado por los dioses que los conduciría al delirio de ser la nación más poderosa del mundo.

Tlaquimilolli III

A Bobadilla

Caminaba la playa de cabo a rabo. Una mañana encontró un hueso sobresaliendo en la arena. Siguiendo la línea limpia de ese rastro dio con un esqueleto que vestía una camisa a cuadros y un pantalón de mezclilla. Se le desarmó cuando lo metió en su saco, como si lo que quedaba de los ligamentos que lo mantenían unido se hubiese pulverizado. «Las bisagras se vencieron», pensó.

Anduvo por años con el muerto colgándole de la espalda en el saco de cachivaches. La gente lo veía hablando solo y aseguraban que era un loco perdido.

Fue a entregar al muerto con sus ropas cuando volvió la democracia. El muerto se encontró con su familia y él volvió a la playa para caminarla de cabo a rabo, como antes. Pero ahora sí estaba solo de verdad.

Ya no tenía con quien conversar.

Sentencia

A Joan Jara

La Justicia tardó tantos años en llegar porque cojeaba. Por eso también sus pasos dejaban en el suelo huellas torcidas que no se borraban de la memoria.

Tabas

Cómo será jugar a las tabas con huesos humanos. Quizás hagan un sonido más seco que los huesos de cordero al entrechocar unos con otros. Las tabas se alzarán de las manos, saltarán al aire antes de caer y golpearse contra el piso. Será como escuchar campanas o lluvia de garbanzos.

Pero los huesos humanos son más grandes. No cumplen los requisitos necesarios para transformarse en tabas y poder jugar con ellos. Siguen ahí, desdichados, enterrados, quizás esperando que algún niño los descubra para que entonces la muerte sí sea un juego.

Pillaje de palacio

El gobernante resistió el ataque hasta que ya no fue posible. El humo se elevaba desde uno de los torreones del palacio, las puertas habían sido avasalladas y sus fieles servidores, cortesanos y ministros estaban ahora en el suelo, vencidos.

El gobernante miró desde la ventana cómo la gente corría tratando de huir de los soldados. Sintió el vacío tremendo del silencio esa mañana.

Luego se sentó en su sillón y cuentan que se suicidó.

Los soldados entraron al palacio como si les hubiese pertenecido desde siempre. La sangre manchaba las escalinatas. Uno de los invasores se echó al bolsillo unas cucharillas de plata que estaban en una mesita de cedro. Otro cogió una copa de cristal tallado. Muchos recorrieron el palacio haciéndose con lo que podían. Uno de ellos tomó el papel y dejó allí sus huellas en sangre y hollín, mientras lo leía. Pudo identificar ese papel que tenía ciento cincuenta y seis años porque conocía la historia de su país.

Era el acta de independencia que, reverente, guardó entre sus ropas.

Los machetes de Kibuye

Las manos se mueven con rapidez y decisión.

Las hojas afiladas hienden, cercenan.

Pero los machetes no cortan la caña de azúcar ni el trigo. Los filos van en busca del tendón de Aquiles de los refugiados en la iglesia. La punta perfora y la hoja del machete siega el músculo de los que caen con un gemido, incapaces de correr para escapar.

Los filos continúan moviéndose en las manos ensangrentadas de los soldados que alguna vez fueron habitantes de esa misma aldea. La noche cae y el silencio se hace eterno en la iglesia, mientras los cuerpos son llevados hacia la fosa.

Un último quejido es acallado por el machete de quien, exhausto y con los ojos pegajosos de sangre, no puede distinguir el rostro de su hermano.

La línea de las cubetas

Estuvimos allí por turnos, muchas horas, acarreado los escombros durante días y semanas. De pronto eran fierros y cascotes. La mayor parte era polvillo, leve como ceniza. Caía sobre nuestras cabezas, invadiendo las narices, los ojos. Se metía a través de la ropa. La garganta se nos secaba provocando una tos que nos llevaba a vomitar.

Las cubetas pasaban de uno a otro. Nos dolían las piernas, la espalda y teníamos ampollas en las manos, pese a los guantes de seguridad.

Las lágrimas se mezclaban con el polvillo ceniza.

Éramos fantasmas recogiendo cubetas con el polvillo ceniza de nuestros muertos.

Sacamos cubetas llenas hasta que sólo quedó una extensa cavidad en la que alguna vez se levantaron las dos torres.

Intrínsecamente inverosímil I

Al juez Adolfo Bañados

Así como le digo nomás fue, es la pura verdad.

Obedecíamos la orden. Los llevábamos al estadio, era de noche. Uno de ellos confesó que ahí había armamento. Por eso nos detuvimos. Apenas nos bajamos del camión empezó la balacera. Nos disparaban desde los cerros, estaba oscuro... Usted no se imagina cómo fue. Respondimos al fuego. No, no sé cuántos eran. Deben haber sido muchos porque cuando terminó nos dimos cuenta de que los quince detenidos estaban muertos. Tuvimos suerte, todos nosotros nos salvamos. Sentimos miedo, es cierto. ¿A qué? Bueno, a que no nos creyeran, pues, y a que los familiares de los muertos quisieran vengarse. Son vecinos, gente que conocemos y nos conoce. Así que se nos ocurrió meterlos en los hornos y echarles cal. Quién iba a buscar ahí. Eso pensamos. Pero uno no aguantó con el remordimiento y les contó a los curas. Y ahora usted dice que los cuerpos no tenían perforaciones de balas. No sé qué pudo haber pasado. Tenemos un problemita, ¿no? ¿Cómo vamos a solucionarlo, señor juez?

Intrínsecamente Inverosímil II

Tremenda cagada que se mandaron estos pacos. Cómo no pensar, digo yo. Por último, informarlo como enfrentamiento o ley de fuga... Hay tantas maneras de tapar. Habría sido más fácil. Ahora hasta los curas tienen que ver con este pastelito.

La ley me obliga a entregar los cuerpos y el informe de las autopsias. Voy a hacer lo que pueda pero usted sabe, mi general, que las bombas estallan de repente y esta bombita puede reventarnos en la cara cuando menos lo esperemos. En fin, las lesiones traumáticas las dejamos para otro día. Y los cuerpos... el personal del servicio los lleva a la fosa común, altiro. Proceso cerrado y caso sellado.

Intrínsecamente inverosímil III

El fiscal militar encargó reos a los inculpados con rapidez inusitada. El abogado defensor se colgó de la Ley de Amnistía para solicitar el sobreseimiento. La Corte Marcial absolvió a los asesinos.

Ese día, la noticia corrió a lo largo del país en la voz de los periodistas. Un silencio se abatió sobre el territorio nacional. Fue un silencio pesado que gravitó sobre la gente, las instituciones, los parajes lejanos. Llegó hasta las familias perplejas. Quedó reverberando en los hornos abandonados. Era un silencio que se rompía cuando algunos valientes llegaban hasta el sitio y cantaban, tomados de las manos. Los asesinos escuchaban ese silencio roto que les perforaba las pesadillas. Sabían que, tarde o temprano, la Justicia escucharía. Y tendría que sacarse la venda de los ojos.

Intrínsecamente inverosímil IV

Esta huevía de las romerías me tiene curcuncho. Llegan acá, invaden mis terrenos... puros subversivos, pues. Deberían estar trabajando o estudiando. Dejan lleno de velas, de panfletos. Mis trabajadores son los que tienen que limpiar. El año completo están molestando. ¿Qué culpa tengo yo de que haya pasado esto? Hasta cuándo... Sí, mandé a dinamitar los hornos. Qué memorial ni que ocho cuartos... Están en mi predio y ahí hago lo que quiero. Matando la perra, se acaba la leva. Y como dice el General: lo único que queda es olvidar. Borrando todo se termina con esta historia. Después, nadie se va a acordar. Por suerte la gente tiene tan mala memoria...

Retribución

La sobreviviente está escondida en otra aldea. La buscan. Los emisarios de los vencedores de la guerra buscan a los fugitivos y los matan en el mismo lugar en el que los encuentran. Los nuevos señores de los territorios no quieren dejar cabos sueltos.

La fugitiva sabe que los que la esconden se exponen a que los maten o encarcelen. Se siente culpable de estar allí y hace méritos para que la perdonen por haberse salvado de la matanza. Los dueños de casa notan los ojos aguzados de los vecinos que cuentan las ropas colgadas en el patio y las raciones de comida en los platos. Sienten que la fugitiva tiene que devolver lo que han hecho por ella para equilibrar la balanza. Así, la sobreviviente recibe a los hombres de la aldea que la usan en un espacio que no se calienta con el fuego que arde al centro de la choza.

La llave

Mire, señorita, ese día él partió al trabajo como siempre. Le dije que se quedara porque venía el temporal. Me dijo que siguiera durmiendo, que yo tenía la suerte de poder quedarme.

Nunca más volvió, señorita. Lo busqué por cielo, mar y tierra, como se dice. Nadie pudo decirme qué había sido de él. Dejé de buscarlo cuando me convencí de que se había ido porque quería. Hay tantos así. Lo odié porque me había dejado sola con dos niños por criar. Hubo noches en que lo maldije con todo el corazón, con todas mis lágrimas. No se puede vivir buscando a alguien que no quiere aparecer. Por eso no le creo a usted. Este no es mi marido. Él era más alto y esta llave que usted dice que tenía en el bolsillo del abrigo no es la de mi casa. Se parece mucho pero la de mi casa era más grande y la argolla era más plateada. Este esqueleto no es mi esposo. Él tiene sus huesos y su carne. Se fue cargando la llave de mi casa y a lo mejor todavía la tiene donde está, en algún lugar.

Tlatelolco I

En aquel lugar del lago, lleno de montículos de arena, los indígenas fundaron la ciudad. El lago proveía de peces, algas y piedrecillas de sal y la ciudad tenía fama de poseer el mercado más grande del mundo. Las guerras y los sacrificios a los dioses mantenían el orden del mundo.

Cuando terminaba el tiempo del Quinto Sol, aquella ciudad fue el último bastión de la resistencia indígena. Allí se parapetaron los líderes y combatieron hasta que no les quedaron fuerzas ni pertrechos. Entonces, los conquistadores entraron en la ciudad y asesinaron a quien se les puso por delante en nombre de Dios y del Rey de España. Luego, ya dueños y señores, decidieron destruir y reconstruir. Las piedras que utilizaron para erigir sus edificios principales fueron las mismas que sacaron de los teocallis quemados. Estaban teñidas por la sangre de los sacrificados y la de los vencidos. Cerca de quinientos años después volvieron a humedecerse con la de los masacrados en nombre del Presidente y el Estado.

Tlatelolco II

La noche fue cortada por un sol rojo que se levantó entre los dos volcanes que vigilaban la ciudad.

Los muertos fueron llevados a la morgue y los empleados del municipio lavaron la plaza con mangueras a presión. Huellas ensangrentadas bordaban los muros de la iglesia de San Francisco. Sus puertas estaban cerradas, tal como dispusieron los curas a la hora de la masacre para impedir que la multitud se refugiara allí, huyendo de los asesinos del gobierno.

La sangre mezclada con el agua escurría entre las piedras hasta llegar a la vereda y luego a las alcantarillas. A media mañana ya no quedaba rastro de lo sucedido y la vida se deslizó en aquella plaza igual que siempre.

Las campanas de la iglesia de San Francisco llamaron a misa como todos los días.

Historia de los castigos

Cuando nos reunimos conformamos un libro. Sí, porque en nuestros cuerpos está escrito lo que sucedió y cada uno es una página. Hay marcas, escrituras que podemos ver y otras que no. Sin embargo, podemos aprendernos.

Faltan páginas en este libro de nuestra historia. Unas volaron con el viento, otras fueron lanzadas al mar. Muchas fueron despedazadas, quemadas, borradas. Acaso alguna estará en un basural del desierto, intacta.

Buscamos, aún, las páginas faltantes de este libro nacional.

Dictamen Forense

A Américo González Torres

El Capitán Osorio y los soldados venían con el patrón. Él indicaba con el dedo mientras decía: «Ése», «éste», «el de más allá». Agarraron hasta al Feñita, un cabro chico. Los subieron al camión y se los llevaron. No pudimos hacer nada, tuvimos miedo.

Los certificados de defunción decían: «Muerte por causa no precisada». Les dijeron a las mujeres que así sería más fácil cobrar las pensiones de viudez. Después dijeron que había sido un enfrentamiento, que los extremistas les habían disparado y, aunque se salvaron todos ellos, de los nuestros ninguno. Igual que en tantas partes. Pero acá es distinto porque hay testigos: nosotros.

Vimos a los muertos, los encontramos al día siguiente cerca de la hostería. Con los corvos les cortaron las manos, los testículos, el cuello. No nos atrevimos a enterrarlos y estuvieron ahí hasta que los jotes volaron en círculos y los mismos soldados se los llevaron a la Morgue.

El Fiscal dice que tenemos que identificar a los asesinos.

Los indicaremos con el dedo: «Ése», «éste», «el de más allá».

Cómo se da vuelta la tortilla, ¿no?

Cementerio 2

I

La matanza de la escuela fue a media tarde. Después, los soldados levantaron los tres mil seiscientos cuerpos y los subieron a las carretas que esperaban en la calle. «Nada de llevarlos al cementerio», dijo el general responsable de la acción, «llévenlos bien lejos, que no los encuentren nunca».

Las carretas partieron rumbo al norte, hacia el pedazo enorme de desierto que quedaba entre la ciudad y la frontera. El convoy dejó un rastro de cartuchos y sangre.

La gente hablaba del Cementerio 2, la gran fosa en la que enterraron a esos muertos.

La clandestinidad del entierro era tan real que pasaba por encima de las leyes del Estado.

II

La ciudad creció, estirándose con la forma de una mariposa. Una de las alas parecía caer al mar. Sobre las dunas se fueron asentando los grupos de pobres. Para ellos no había espacio en el casco histórico ni en los barrios que imitaban los de los terratenientes gringos.

Llegaron los taiwaneses y detrás de ellos los coreanos, los hindúes y los chinos, todos arrastrando sus chucherías y productos de imitación. Edificaron un barrio con su propio centro comercial en el norte de la ciudad. Entre las casas de pobres y el barrio industrial había un gran espacio desértico que nadie se atrevía a ocupar. Todos sabían que allí estaba el cementerio clandestino de los masacrados de la escuela hacía más de sesenta años. Los empresarios de la importación veían la urgencia de echarle el guante a ese terreno y esperaban comprarlo por una bicoca, tal como habían hecho con el sitio del barrio industrial. No les importaba que fuera un cementerio. Para ellos, el significado de la tierra era siempre el mismo.

III

Los pobres de la ciudad aumentaron con la llegada de los enganchados del sur que buscaban un trabajo mejor. También con los inmigrantes que huían de la miseria y las dictaduras que ensangrentaban sus países. Hacia el norte, no quedaba más que el espacio desértico para ocupar.

Cuando las familias instalaron las casas hechas con el cartón de las cajas que desechaba el barrio industrial, algunos pretendieron sacarlos de allí. Alegaron razones de salubridad. No era bueno vivir sobre un cementerio, dijeron. A los pobres aquello les daba lo mismo. Estaban acostumbrados a vivir en el barro, en la calle, bajo los puentes y a campo traviesa, en conventillos y campamentos. Les parecía que ese lugar era una bendición porque nunca llovía, los niños estaban a salvo de las enfermedades que les traían los temporales del sur y era gratis.

El asentamiento de cartón estaba escrito con palabras y pictogramas extranjeros. «Sony», «Toshiba», «Mattel», «Made in Singapur», se leía en paredes, puertas, bordes de ventanas.

La historia de los cambios comerciales de la ciudad estaba inscrita en las paredes de la villa de pobres.

IV

Años después, y gracias al sobrante de las ganancias del barrio industrial, había llegado el momento de preocuparse de los pobres. La ciudad había crecido, enfrentaba tiempos de prosperidad y el barrio industrial se había convertido en una atracción turística. Para llegar hasta allá, los automóviles y colectivos debían cruzar la villa de cartón. El municipio propuso trasladarla a un terreno ubicado en el sur de la ciudad. En la construcción usarían bloquetas de cemento, terminando definitivamente con el cartón.

Los pobladores se negaron. Habían establecido allí su vida y no aceptaban presiones ni promesas para irse. Se tomaron el casco histórico, golpeando ollas con gritos y cantos.

Portaron carteles contra el alcalde, sus secuaces, los empresarios y el Estado. Llegó la prensa y las imágenes salieron al mundo.

Las cosas habían cambiado y no era tan fácil correr bala para solucionar los problemas como podía hacerse antiguamente, se lamentaron las autoridades. «Todo tiempo pasado fue mejor», se dijeron con nostalgia.

V

La negociación resultó en que el Estado cedió el terreno y costó la instalación de la luz y los tubos del alcantarillado. La construcción de las casas correría por cuenta de los pobladores. Era la condición para que pudieran quedarse. Los pobladores firmaron el acuerdo. Las autoridades tenían la esperanza de que aquellos pobres no pudieran cumplir el compromiso, facilitando la erradicación.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, sabotaje y malos deseos, los pobres se encomendaron a la Virgen, se apretaron el cinturón, dejaron la parranda para después y comenzaron a construir con sus propias manos. El resultado fue una villa de casas torcidas y colorinches que se encaramaban unas sobre otras en un desorden de postal de puerto. «Qué le vamos a hacer», dijo el alcalde a los empresarios, «si quieren que se vea bonito, ustedes van a tener que poner los pesos». Los empresarios sintieron que eso les dolía mucho más que ver el adefesio que se levantaba sobre el cementerio y guardaron sus chequeras, resignados. «Los pobres no tienen buen gusto», afirmaron, «por eso estamos como estamos».

VI

Si nunca antes habían tenido miedo, ahora tampoco.

De las zanjas cavadas para instalar las tuberías del agua y el alcantarillado, se asomaban los huesos. Por aquí una mano, por allá un cráneo, por este lado un costillar completo. Los esqueletos estaban recubiertos de un pellejo seco y arrugado. El desierto había mantenido aquellos cuerpos intactos por lo que hubiese sido fácil identificarlos.

Los pobladores sabían que a nadie le iba a interesar sepultar tres mil seiscientos muertos de la masacre de la escuela. Con seguridad los iban a llevar en retroexcavadoras para tirarlos al mar, que estaba cerca. Por eso volvían a enterrarlos donde los encontraban.

Se cuidaban de hacer jardines, no era cosa de seguir molestando a los finados.

Era tiempo de que descansaran en paz.

La huella indeleble

En memoria de Vera Zásulich

Aunque habían pasado los años, todos sabían quién era ella. Muchos la miraban con admiración, algunos con desconfianza y temor. Unos pocos se hacían a un lado cuando ella avanzaba por la calle o aparecía en un mitin.

Había planificado la emboscada. Estudió las rutinas del general, sus tiempos en la taberna, la gobernación y la casa de su amante. Consideró la distancia que necesitaría para no fallar. Lo abordó la noche elegida y el general apenas la miró. Para él, era solo una mujer insignificante, vestida pobremente, con la cabeza cubierta por el chal que usaban las campesinas. No alcanzó a pensar en lo que estaba ocurriendo cuando ella le disparó. Dos balas se le alojaron en la pelvis y se desplomó con un gemido sobre la calle adoquinada.

Ante el jurado, ella reconoció los cargos. “Alguien tenía que hacer justicia”, fue la última frase que le lanzó al jurado.

Y aunque la historia no la consignó como la revolucionaria que fue ni tampoco le dio un lugar destacado entre las escritoras de su época, quedó inmortalizada en la obra de un dramaturgo rebelde, un irlandés que andaba por ahí llevando un sombrero alón y un girasol en la mano.

Kaibiles I

Tienen la fuerza y la astucia de dos tigres.

Nacen con la marca.

El gobierno los busca entre la población, los identifica, los recluta y los entrena. Así pasan a formar parte de los grupos de élite que rastrillan los poblados cazando a otros hombres.

Los cubre un manto de silencio y complicidad. Sus pies abren la espesura, marcando un camino entre las cañas y las lianas de la selva húmeda. Sus ojos son centellas bajo el sombrero alón y el sudor cae en gotas por sus pieles bronceadas.

Son pequeñas bestias que matan a machete.

La guerra civil los reviste de legitimidad pero el rumor de sus andanzas queda pesando en las aldeas.

La gente les teme más a ellos que a los tigres de verdad.

Kaibiles II

El entrenamiento de los Kaibiles se remonta a los tiempos de un rey indígena que combatió a los conquistadores sin que ellos lograran capturarlo jamás.

«Si avanzo, sígueme; si me detengo, aprémiame; si retrocedo, mátame», vociferan los Kaibiles, herederos del mantra de aquel rey histórico.

Tal como sus antepasados, deben enfrentar obstáculos que los preparan para resistir lo que sea sin temer. «¡Un Kaibil vale más que un soldado común!», grita el entrenador con voz de trueno.

Y los hombres se enfrentan, asesinando a los que, mordidos por el miedo, vacilan un instante en atacar a sus compañeros.

Kaibiles III

Amarrado de manos, los Kaibiles lo metieron en el jeep. Por el camino, no dejaron de insultarlo y golpearlo. Él, hablando con dificultad porque tenía la boca hinchada y sangrando, trataba de ver por la ranura que le permitían los párpados amoratados. Pensó guiarlos por una ruta equivocada. Conocía la selva y podía caminarla hasta en la oscuridad. Sería fácil desviarlos por el costado del lago, hacerlos subir el monte, obligarlos a llegar hasta donde los vehículos no podían y luego dejarlos a merced de las fieras y la noche. Si no, las hormigas y los mosquitos darían cuenta de ellos. Lograría salvar a los insurgentes y sería un héroe.

Por un momento pensó que sería fácil. Luego recordó la última frase del subcomandante de la unidad Kaibil: «Recuerda que tu hijo se queda con nosotros». Entonces habló y dijo la ruta tal como era. Esperaba que después del operativo lo dejaran abandonado en la selva, herido. Así, las hormigas y los mosquitos limpiarían su honor.

Kaibiles IV

Eran las dos de la mañana cuando los comandos Kaibiles llegaron a la aldea.

«¡Hijos de la gran puta, van a morir!», fue el grito que se escuchó antes de que empezaran a acribillar las casas.

Encerraron a los hombres sobrevivientes en la iglesia de cañabrava y se dieron a la tarea de violar a las mujeres y niñas. Al amanecer, las obligaron a servirles el desayuno.

Echaron los cuerpos en un pozo que pareció desbordarse. Empezó a llover y el agua corría por las callejas en ríadas ensangrentadas. Los Kaibiles se refugiaron en las casas vacías.

«Qué mala suerte», dijo el Subcomandante, disparando a los trastos de la cocina, «por esta lluvia de mierda tendremos que pasar el día encerrados y jugando a las cartas».

Kaibiles V

El Kaibil escuchó el llanto del niño y siguió el sonido hasta que lo encontró debajo de unas frazadas. Era un niño pequeño, de piel blanca y ojos claros. El Kaibil se sintió afortunado. En un país de morenos, encontrar un niño como ése era una señal de buena suerte.

Lo sacó de su escondite, le limpió la cara y le ofreció un plato de frijoles con tortillas. El niño comió con avidez, aunque no dejaba de hipar, angustiado. «Te vas conmigo», le dijo el Kaibil. Para llamarlo en su dialecto, buscó las palabras que le trajeran el sentido de lo oculto y lo elegido. «Itzamma Imox», dijo, mientras acariciaba con su mano manchada de sangre seca la cabeza rubia del niño.

Kaibiles VI

Los Kaibiles iban de regreso, ya cumplida la misión. «¿Qué hacemos con el guía, Comandante?», preguntó uno de ellos. «Lo vamos a comer», respondió él. Cortó una lonja de la espalda del guía con su bayoneta, lo ensartó en un palo y lo puso al fuego. Los otros Kaibiles usaron sus cuchillos para despostar al hombre. «Mátenlo», ordenó el Comandante con la boca llena, «para qué hacerlo sufrir por nada».

Las hormigas y los mosquitos cubrieron lo que quedó del cuerpo.

Ni los huesitos se encontraron después de eso.

Kaibiles VII

La guerra civil había terminado oficialmente. Los Kaibiles se encontraron de pronto sin trabajo. Algunos, con distinciones por actos de servicio, volaron hasta la Escuela de las Américas; otros, llegaron como espaldas mojadas a Estados Unidos. Unos pocos se quedaron en su país, rodeados del miedo y el silencio. Constituyeron grupos narcos que comerciaban la droga con los traficantes que venían del Cono Sur en su largo periplo hasta Norteamérica. La gente terminó queriéndolos porque ellos, más que nadie, se preocupaban de construir canchas de fútbol, hacer megafiestas y dar trabajo a sus vecinos.

Si algún delincuente enemigo, un político probo, un policía o juez testarudo se atrevía a recordar su pasado asesino, desaparecía silenciosamente. Se murmuraba que terminaban comidos por lonjas, irreconocibles.

Lo cierto es que en los días de las desapariciones, en las calles en que vivían los Kaibiles, olía a carne asada.

Kaibiles VIII

Contrariamente a lo que pudiera pensarse y a los malos deseos de sus enemigos, él dormía tranquilo todas las noches. Había llegado a Estados Unidos sin documentos pero luego, aprovechando un perdonazo migratorio, se quedó allí por la legal. Tenía un buen trabajo, se había casado otra vez; tenía otros hijos, una nueva vida con el mismo nombre. Era feliz.

A veces pensaba en los años de la guerra civil y en lo que había hecho en su país. Una sombra parecía cruzarle el rostro y en sus oídos resonaban los gritos de la gente de las aldeas. Entonces agitaba la mano tal como si espantara una nubada de tábanos que quisieran picarle el lomo.

La vida seguía plácida, entonces.

Kaibiles IX

A Jorge Montealegre

«Tu padre no es tu padre», le dijo el policía gringo, «es un Kaibil, un criminal que te secuestró después de asesinar a tu familia». Intentó recordar algo más allá de treinta años pero no pudo. «Tu verdadero nombre es Rafael Fuentes». El nombre se abrió paso en su memoria trayendo consigo un montón de imágenes. El sonido de los pájaros en el frescor del amanecer, la placidez de las aguas del lago, los juegos de pelota, las procesiones del santo. También las mañanas transparentes en la escuelita de la aldea, el aroma de las tortillas hechas por su madre. El terror le apretó la garganta cuando en su mente irrumpieron las frenadas de los camiones, los gritos de los soldados, los disparos.

El llanto apareció en el instante en que fue otra vez un niño asustado escondido bajo una frazada.

Kaibiles X

«Vinieron a matarme», le susurró a su mujer, despertándola. Ella lo miró sobresaltada. «¿Quiénes, por Dios?», preguntó, sentándose en la cama. «Los muertos», respondió él, mirando aterrorizado la oscuridad que lo rodeaba.

Kaibiles XI

Sus hijos no podían creerlo. Pensaban que aquello era un montaje del gobierno americano sólo para demostrar que le preocupaban los derechos humanos. Estaban utilizándolo, agarrándose de la trayectoria que había tenido en el ejército en los años de la guerra civil de su país. No podían ser ciertas las atrocidades que se contaban y que aparecían en las noticias junto a la foto de su padre, treinta años más joven y vistiendo el uniforme de los Kaibiles.

Para los hijos, era el tipo que en las navidades se disfrazaba de Santa Claus para repartir juguetes a los niños del vecindario, que practicaba pesas, contaba chistes y los llevaba a comer pizza y helados.

La gente sabía que era ambos hombres.

Kaibiles XII

Salió de su casa con las manos esposadas y custodiado por el FBI. Estaba asombrado. Aquellos habían sido sus compañeros en el entrenamiento le habían facilitado la entrada y la vida en ese país. Y ahora, sólo porque andaban tras algo grande, lo agarraban para demostrar buena fe.

En la calle, sus vecinos, que también eran coterráneos y que hasta el día anterior lo saludaban con amabilidad, le gritaban que era un asesino, que respondiera por los muertos y lanzaban nombres que él desconocía. «Rosa Alvarado», «Manuel Peñaloza», «Fernando Hidalgo». Uno se acercó y le lanzó un escupitajo a la cara. Las mujeres se abalanzaron para arañarlo y golpearlo. La policía debió protegerlo de esa furia.

Él sintió que, ahora sí, estaba en territorio enemigo.

Kaibiles XIII

A Pedro Pablo Barrientos

«Sabía que este día iba a llegar», dijo, mirando a los policías que lo rodeaban. Eran hombres grandes, fornidos. Él ya era un viejo y le temblaban las manos por el maldito Parkinson. Había pasado más de treinta años esperando que alguna vez tocaran a su puerta para llevárselo o acribillarlo ahí mismo. El Kaibil pensó que era afortunado porque pese a eso había alcanzado a vivir seguro durante treinta años.

Era tiempo de pagar la deuda que acarreaba. Extendió las manos para que lo esposaran. Y caminó liviano, casi feliz.

Punto de fuga

A Lily Rivas Labbé

Papel blanco, doblado en seis partes, en dobleces marcados, albo papel de envolver, envolviendo líneas, imaginaciones, imágenes de regalo en pocas tardes soleadas y al aire libre, sol rebelde, sol de resistencia surgiendo de la punta de un minúsculo resto de lápiz mina entregado a escondidas, y que ahora, guiado por pulgar e índice, traza cuidadosamente líneas rectas y líneas curvas que dan vueltas y se encuentran, se cruzan, avanzan sobre ese papel blanco dejando tras de sí siluetas desprevenidas descansando, reposando en el suelo de una cancha de fútbol y otra vez el lápiz camina sobre el papel, marca aquí la línea vigorosa de la espalda y la línea suave de la cadera, allá la abrupta línea de un hombro y el sol, siempre el sol cayendo desde el cenit y despuntando de la punta del lápiz fuertemente sostenido por los dedos de la prisionera que logra escapar entre las líneas del dibujo que recrea la escena que ella observa desde las graderías del estadio.

Las cruces de Santiago Atitlán I

Este es un pueblo pequeño ubicado a orillas del lago, junto a doce pueblos más. Los dioses decidieron que así debía ser.

El lago se formó cuando el mundo no era mundo todavía.

Los dioses crearon los volcanes que se pelearon entre ellos y formaron un alboroto que hizo temblar la tierra. Dicen los antiguos que se abrió un agujero enorme que se llenó con el agua de los ríos que llegaban hasta acá. El lago es el espejo que refleja todos los colores del cielo y los volcanes se contemplan la cara en él.

Nadie conoce la profundidad del lago porque los dioses no quieren que así sea. Los que se han sumergido para explorar, han desaparecido tragados por las corrientes o quién sabe qué cosa que hay allá abajo.

A veces aparecen bultos extraños en las riberas.

Cuando es un cuerpo, volvemos a tirarlo al agua, donde pertenece.

Las cruces de Santiago Atitlán II

Los dioses pensaron cómo iban a hacerle para recoger tanta cosa mala que hacen los hombres acá en la tierra. Si dejaban esas maldades sueltas, de seguro que terminaban cubriendo el mundo y tapando hasta la luz del padre sol. Por eso los dioses inventaron al Xocomil y otros vientos como él, para que pasen rapidito por los poblados recogiendo los pecados de sus habitantes. Cada vez que el viento norte se encuentra con el viento sur, se forma el Xocomil que se mete por todititas partes y limpia. No hay que tenerle miedo porque es cosa buena.

Últimamente el Xocomil ha pasado muchísimo por aquí. Debe de ser por la guerra, ¿no? Cuando hay guerra aumentan los pecados de los hombres.

Pobre Xocomil... cada vez tiene más trabajo.

Las cruces de Santiago Atitlán III

El pueblo tiene todito lo que debe tener un pueblo: su iglesia, su padrecito y su propio santo que sale en procesión y vive en una casa bien acomodado fumando sus cigarros y bebiendo su tequilita. Maximón se llama el santo y es un tipo grande vestido de negro, la cabeza calzada con un sombrero alón.

El pueblo también tiene mercado, alcalde y escuelita. Y fiestas, con fuegos artificiales y música.

También tenemos nuestra propia masacre. En la iglesia los mataron. Todos tenemos un muerto ahí. Dicen que fue la guerrilla pero nosotros sabemos que fueron los soldados del gobierno porque los vimos.

Nuestros ojos tienen el color de las aguas del lago que se traga a los muertos.

Las cruces de Santiago Atitlán IV

El Xocomil se levantó sobre el lago ese mediodía como nunca lo habíamos visto. Remolinos y olas retegrandes. Alcanzamos a recoger las embarcaciones y guardarnos en el pueblo. Al atardecer llegaron los soldados, dizque buscando insurgentes. Corrimos para el monte pero no todos pudieron escapar. De lo alto escuchamos los tiros. Esperamos dos días antes de bajar para estar seguros de que los soldados se habían marchado. Recogimos a los muertos, los quemamos petateados y los sepultamos en las milpas de sus casas.

El maíz crece bonito arribita de ellos.

Cuando el Xocomil sopla sobre el lago, las plantas de las milpas se estremecen. A lo mejor es del puritito miedo a que vuelvan los soldados.

Las cruces de Santiago Atitlán V

Los apresaron un domingo de diciembre a mediodía, cuando el mercado estaba llenito de gente.

En la iglesia hay cuatro mil cruces de madera con banderitas de papel amarillo que llevan los nombres inscritos.

Al mediodía, en esta plaza, cuando uno se queda quieto y calladito, pueden oírse los lamentos que vienen de la iglesia.

Son los muertos que nos obligan a recordarlos.

Tiro al blanco

En el acantilado se cimbraban los cuerpos desnudos pendiendo de cuerdas gruesas. La sal los iba apergaminado y los pellejos reseco se pegaban a los huesos conservando los rasgos.

El capataz de la guanera se refugiaba del calor de la tarde en el vagón de latas oxidadas que le servía de oficina. Desde allí vigilaba el trabajo de las cuadrillas de esclavos culíes. Sabía que los traían de muy lejos en embarcaciones piratas, que resistían las condiciones inhóspitas del lugar de manera asombrosa y que si uno enfermaba debía arrojarlo al mar sin demora. Tenía la orden de colgarlos de los brazos en el acantilado si no cumplían las labores o se levantaban en rebeldía.

Desde el vagón de latas oxidadas, el capataz ejercitaba su puntería disparando a los cuerpos del acantilado, mecidos por el viento.

Abajo, las olas reventaban en el roquerío.

Fronteras del territorio

A las mujeres que pasaron por la Venda Sexy

Mi cuerpo empieza donde tus dedos lo acarician, responde a tus manos con la perfección de la palabra. Mi cuerpo se abre para recibirte, darte espacios, sumarse a tus movimientos. Mi cuerpo era con el tuyo y así estaba previsto en una historia de destinos que venía desde el silencio.

Mi cuerpo termina ahora, en esta habitación tan grande como el silencio de donde venía nuestra historia de destinos. Termina ahora mismo, cuando me tocan manos que no puedo ver porque tengo los ojos vendados. Alguien me obliga, me hiere penetrándome con la fuerza del vencedor. Mi cuerpo está hecho jirones y el dolor es extenso porque no hay fronteras para el horror. Mi cuerpo cercado es ahora un territorio de guerra.

Los invasores marchan sobre él.

Tehuacanazo

Pos sí que fue duro aquel tiempo. Atrapaban a toditos los que pensaban diferente del gobierno. Los llevaban al Apando o desaparecían tragados por la noche. Sólo algunos de los que conocieron ese infierno, volvieron a la vida. Traían la nariz y los pulmones destrozados. Era el agua mineral con chile, ¿sabe usted? Tehuacanazo le llamaban, por la marca del agua mineral. Los perros del gobierno agitaban la botella y se la metían a los prisioneros por la nariz, que reconocían lo que fuera y cantaban hasta las mañanitas con tal de que los dejaran en paz. Muchos cayeron así, soplados porque alguien no aguantó el tehuacanazo y los amoló. Aunque no está escrito en los libros de historia, es la meritita verdad. Lo recuerdo cada vez que veo una botella de agua mineral. Me cuesta respirar y siento las burbujas picosas en la nariz. Después me saltan las lágrimas. Le juro que saben a chile. Entonces me da por hablar y contar esto.

Toma de terreno

A los masacrados en Pampa Irigoin

Otra vez cayó la noche y los hombres que formaban la guardia se prepararon para vigilar el terreno, armados de palos y piedras. Hacía cinco días esperaban que la policía y los soldados vinieran a desalojarlos por orden del gobierno.

La madrugada llegó poco a poco y los hombres se despezaron aliviados porque nada había ocurrido. Entonces empezó el tiroteo.

Los muertos se fueron creyendo que al fin habían conseguido un pedazo de tierra para que su familia levantara una mediagua de madera. Los que sobrevivieron no se atrevieron a intentarlo de nuevo en el mismo lugar.

En Santiago, los hombres del gobierno lamentaron la pérdida. Sin embargo se sentían satisfechos por haber mantenido el orden. Así, habían impedido que el pueblo creyera que bastaba instalar un campamento de huilas y gangochos en cualquier pedazo de tierra para convertirse en propietario.

Oferta y Demanda

Hablaba dejando frases inconclusas, como si pudiera revelarme sólo una parte de su historia y sus acciones. Hacía gestos que indicaban la fatalidad de su destino, como levantar las cejas con resignación o apretar los labios fingiendo que se emocionaba.

Yo lo escuchaba con admiración. Sus discursos encendidos me llevaban a verlo como un valiente de la resistencia. Los tiempos daban para que cualquiera se las diera de héroe, sin necesidad de moverse de su escritorio. También daban para que una se creyera cualquier cuento de guerrilleros.

Cuando volvió la democracia vendió su imagen de subversivo. Muchos se la compraron. La economía de mercado funcionaba.

Era cuestión de oferta y demanda.

Mano dura

A los que diseñaron el logo de la DINA

La mano empuñada de acero irrumpía en las hojas en blanco y en los documentos oficiales. Los que la veían sentían el golpe que podía darles. El miedo apretaba con la fuerza y la frialdad del acero y los obligaba a guardar silencio.

La mano empuñada se mantuvo golpeándonos durante muchos años. Amarató los sueños y las noches se llenaron de gritos y aparecidos que desaparecían dejando rastros que borraban otras manos.

Tras el puño de acero había un ejército de sombras maléficas imposibles de atrapar.

Los muertos del río

I

Se deslizaron llevados por las aguas cristalinas que, con movimientos suaves, acariciaban las heridas de machete, lavaban los orificios de bala, se llevaban los restos de pólvora y sangre. Navegaron tocándose los dedos, con el rostro frente al cielo, cubiertos a ratos por las sombras recortadas de los árboles de las orillas. Hasta que vararon en la bahía de aquel pueblo.

La gente se lanzó al río para rescatarlos de otras corrientes que llegaban a aquel lugar y tironeaban los cuerpos para llevárselos en un viaje interminable y silencioso. Los amortajaron llorándolos como propios y cada familia adoptó un muerto, le puso un nombre de los de su estirpe y lo enterró junto a los suyos que habían partido, en el cementerio que se levantaba en la colina.

Por las noches, el animero del pueblo recorría los senderos entre las tumbas y les hablaba a los muertos del río como si los hubiera conocido, inventándoles a cada uno una historia en la que habían sido felices y la muerte les había llegado naturalmente durante el sueño, como una brisa de primavera.

II

El animero, que en sus tiempos malos había sido un delincuente feroz, contaba que un sicario había ido a medianoche a su casa para matarlo. “Una cuenta pendiente que llevaba anotada en el libro de mis pecados”, decía exhalando el humo de su tabaco. “Usted no me va creer pero yo no miento. No, señor, yo no miento”. Agregaba que las balas no habían salido de la pistola asesina porque los muertos del río lo habían protegido y se habían puesto tras él, de modo que el sicario los viera de frente. “Hubiera usted visto cómo corrió aquel hombre...”, terminaba entre risas.

Nunca confesó cuál era su deuda y si alguien insistía en saber, amenazaba con amarrarlo en maldiciones por toda la eternidad.

Se sentía a resguardo, cálidamente acorazado por el ejército de muertos que caminaban con él, a veces dejando tenues huellas en la tierra arcillosa.

III

Los muertos del río fueron buscados por sus familias de sangre durante años. El mapa mostraba la ruta de las aguas y siguiendo esa pista fue que llegaron al pueblo preguntando por los suyos. Al principio, nadie quería responderles, temían que los afuerinos les robaran a aquellos muertos que habían adoptado amorosamente y cuyas tumbas mantenían enfloradas y limpias. Pero luego, se conmovieron con el dolor que veían en los ojos de los deudos y leyeron en las arrugas de esos rostros, las noches de insomnio, el miedo, la tristeza, el cansancio de la búsqueda.

Y hablaron.

Los muertos del río salieron del pueblo una mañana de julio. Partieron juntos, tal como habían llegado pero esta vez cada uno en su propio cajón, en una caravana que atravesó el país. Los habitantes del pueblo los acompañaron agitando pañuelos y lanzándoles pétalos de flores. Cuando la caravana se perdió en el horizonte, volvieron a sus quehaceres.

A veces lloraban por los muertos del río y los nombraban por sus nombres adoptados, sus apodos de cariño. Recordaban anécdotas que no habían ocurrido y los indicaban en fotos en las que no estaban.

Los muertos del río estaban vivos en la memoria.

La necesidad de las respuestas

Al Capitán Pedro Fernández Dittus

Era el día 2 de julio, pleno invierno en Santiago.

La mañana de barricadas se convirtió en llamas con olor a bencina. La piel se chamuscó y los gritos se hicieron silencio, acallados por las frazadas.

La pregunta es si aquel que dio la orden, ése que encendió el fósforo y miró el espectáculo, sintió el arañazo del miedo o la angustia mientras olía la carne asada.

La pregunta es si aquel hombre puede vivir sin recordar.

La pregunta es si el asesino sueña que las víctimas lo tocan con sus brazos de fuego.

Si la garra de la bestia lo alcanza, al fin.

El fondeo I

A mi padre y a mi abuelo

Mi padre susurró: «A Manuel lo fondearon». Mi madre dejó se servir la sopa. En la calle, alguien pasó silbando y mi padre se puso el dedo en la boca, instándonos a guardar silencio. Escuchamos hasta que el silbido se perdió.

«Fueron muchos. Los tiraron al mar por orden del presidente», susurró mi padre, «al fondo del mar». No pude imaginar eso. Para mí, el mar era un dibujo en mi cuaderno, igual que la cordillera. Era un sonido tremendo en una concha de loco que después se transformaba en cenicero en el living de mi casa. Era la playa sembrada de algas y el dolor del golpe frío del oleaje. El mar era algo luminoso y feliz. Imaginé a mi primo Manuel, en el fondo del mar, llevado por las corrientes hasta un lugar donde no podríamos alcanzarlo.

En los años siguientes, cada vez que fuimos a la playa, esperé ver a Manuel viniendo hacia nosotros montado en la cima de una ola.

El fondeo II

En qué momento se torció el uso de la palabra, nunca lo supe.

Había quedado para mí pegada al fondo del mar, en esos años de dictadura ibañista, cuando yo era un niño. Resurgió casi cuarenta años después, aunque su significado era diferente. Los fondeados eran los que estaban escondidos de la policía secreta que los buscaba sin dar tregua.

Nunca supe cuándo me transformé en un fondeado, en las dos acepciones de la palabra.

Exilio

Entonces tu olor de bosques del sur, de cordillera adentro, de mar bravío; de allá, muy lejos. Tu olor me asalta a ojos cerrados y cuando menos lo espero. Te vas y se queda conmigo, se queda en la traza de tu saliva, de los besos que me diste y los que no. Se queda en la última mordida en mi hombro, en el susurro de tu voz reconocible y única, tu olor pendiendo de las palabras en la lengua que conocemos, que me regalas cuando tu cuerpo estalla en el mío y puedo por fin beber el paisaje de mi país en tus lágrimas.

Índice

Lena.....	4
Llevar la cuenta.....	5
Los jinetes negros de Iván.....	6
Trayectoria.....	7
Ley de amarre.....	8
Xipe Totec, el desollado.....	9
Brigada Azul.....	10
Una grieta en el muro.....	11
A cada quien lo que corresponde.....	12
Los ensacados.....	13
Código de silencio.....	14
Patio 29.....	15
El Príncipe.....	16
Tlaquimilolli I.....	17
Tlaquimilolli II.....	18
Tlaquimilolli III.....	19
Sentencia.....	20
Tabas.....	21
Pillaje de palacio.....	22
Los machetes de Kibuye.....	23
La línea de las cubetas.....	24
Intrínsecamente inverosímil I.....	25
Intrínsecamente inverosímil II.....	26
Intrínsecamente inverosímil III.....	27
Intrínsecamente inverosímil IV.....	28
Retribución.....	29
La llave.....	30
Tlatelolco I.....	31
Tlatelolco II.....	32
Historia de los castigos.....	33

Dictamen forense.....	34
Cementerio 2.....	35
La huella indeleble.....	39
Kaibiles I.....	40
Kaibiles I.....	41
Kaibiles III.....	42
Kaibiles IV.....	43
Kaibiles V.....	44
Kaibiles VI.....	45
Kaibiles VII.....	46
Kaibiles VIII.....	47
Kaibiles IX.....	48
Kaibiles X.....	49
Kaibiles XI.....	50
Kaibiles XII.....	51
Kaibiles XIII.....	52
Punto de Fuga.....	53
Las cruces de Santiago Atitlán I.....	54
Las cruces de Santiago Atitlán II.....	55
Las cruces de Santiago Atitlán III.....	56
Las cruces de Santiago Atitlán IV.....	57
Las cruces de Santiago Atitlán V.....	58
Tiro al blanco.....	59
Fronteras del territorio.....	60
Tehuacanazo.....	61
Toma de terreno.....	62
Oferta y demanda.....	63
Mano dura.....	64
Los muertos del río.....	65
La necesidad de las respuestas.....	67
El fondeo I.....	68

El fondeo II.....	69
Exilio.....	70